

Domingo de Pentecostés (31 de mayo 2020)

Me dispongo a la oración leyendo y dejando que resuenen estos textos

En Pentecostés no fue cuestión de una técnica de apostolado, de manera que supieran cómo habían de comportarse en cada situación, sino de un Espíritu que en cada momento les inspiraba la actitud y las resoluciones que habían de tomar para ser fieles a dicho Espíritu. No sabían nada de lo que sería de ellos mañana ni pasado mañana, ni se descorazonaban por los fracasos ni por las persecuciones; lo único que buscaban era que otras personas recibieran el mismo Espíritu que los animaba a ellos. (Rovirosa, OC, T.I. 172)

Ser cristiano no es sólo cumplir los mandamientos: hay que cumplirlos, eso es cierto; pero si te detienes ahí, no eres un buen cristiano. Ser un buen cristiano es dejar que el Espíritu entre en ti y te lleve, te lleve donde quiera. En nuestra vida cristiana muchas veces nos detenemos como Nicodemo, no sabemos qué paso dar, no sabemos cómo hacerlo o no tenemos la confianza en Dios para dar este paso y dejar entrar al Espíritu. Nacer de nuevo es dejar que el Espíritu entre en nosotros y que sea el Espíritu quien me guíe y no yo, y aquí: libre, con esta libertad del Espíritu que nunca sabrás dónde acabarás. (Francisco, Homilía, 20 de abril de 2020)

Desde los textos, me sitúo en la vida.

Hoy es un día para orar y agradecer nuestro ser Iglesia.

Es un día para pedir el Espíritu que necesitamos, para invocar su acción que nos transforme en la Iglesia de Jesús.

Hoy es un día para renovar nuestro compromiso de caminar hacia un renovado Pentecostés, que nos transforme en Iglesia en salida para anunciar con nuestra vida la Buena Noticia a los pobres.

Recuerda a quienes te acompañaron y te trajeron hasta aquí, a los testigos en quienes pudiste contemplar el testimonio del Resucitado en su Iglesia. Recuerda y agradece al Señor tu camino eclesial hasta hoy. Hazte consciente de lo que con tu carisma aportas a construir Iglesia, comunión misionera, y también de lo que, a veces, no la construye.

Sigue invocando la fuerza del Espíritu para ser Iglesia, para ser misión.

Envíanos tu espíritu

A veces nos faltan las fuerzas. Danos tu fortaleza.

A veces no sabemos qué camino escoger. Danos tu consejo.

A veces abandonamos con facilidad la oración. Danos tu piedad.

A veces, perdidos en el pasado y en el futuro, se nos olvida saborear los regalos que nos das en el momento presente. Danos tu sabiduría.

A veces no entiendo tus cosas y tus caminos. Danos tu entendimiento.

A veces me pierdo en elucubraciones y teorías y se me olvida que la mayor ciencia es amar. Danos tu ciencia.

A veces, temo perder fama, reconocimiento, aplausos. Que solo tema perderte a ti. Danos el don de temor de Dios.

Envíanos tu Espíritu para que en todo sepamos amar y servir.

(Fermín Negre)

Palabra se pronuncia en mi vida

Juan 20, 19-23.- Recibid el Espíritu Santo

Al anocheecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».



Palabra del Señor



Acojo en mi vida la Palabra

Ni para los discípulos, ni tampoco para nosotros hoy, resulta fácil la experiencia de la resurrección. La situación que describe el evangelio: al anochecer, encerrados, por miedo, sin saber qué hacer... no da muchas muestras de que se haya experimentado la resurrección, de que se haya comenzado una nueva vida. Y quizá experimentemos esto con más fuerza en esta situación de la COVID 19, salidos del confinamiento, retomando poco a poco una existencia que se ha vuelto distinta, y en el horizonte de incertidumbre, y de dolor que se avecina, sobre todo para los empobrecidos del mundo obrero. Quizá nos sigue faltando algo: el Espíritu.

Jesús se hace nuevamente presente en medio de esa comunidad temerosa, para traer su paz, para ofrecer el don su Espíritu, y para encomendar su misma misión a la Iglesia naciente, sin obviar las consecuencias –les enseñó las manos y el costado- que ello puede acarrear. No les quita un ápice de complicación o dificultad, pero les sostiene y fortalece. La Iglesia se constituye por el don del Espíritu en torno a la presencia de Jesús Resucitado. Él, nuestro centro, nos libera del miedo, nos da confianza y seguridad, nos aporta paz y alegría. De Él recibimos la misión y el Espíritu que necesitamos para llevarla a cabo.

Una misión que no depende de nuestras fortalezas y capacidades (algún día nos convenceremos), pues igual que los discípulos nosotros podemos vivir también encerrados y temerosos: no damos la talla, somos pocos, no tenemos repercusión, nadie escucha y acoge nuestra propuesta, ni siquiera nosotros somos capaces de cambiar...

Depende de la acogida del Espíritu; de que seamos capaces de dejarnos guiar por Él, de que pongamos nuestra confianza en el Resucitado y no en nuestros proyectos. Es el Señor quien nos elige, quien nos llama, quien nos envía y quien acompaña nuestra vida y nuestra misión con su Espíritu.

Recibieron el Espíritu Santo y comprendieron, y renacieron a la vida, y supieron perdonar, y abrieron las puertas de aquella pequeña comunidad, y salieron a la realidad, y experimentaron la paz en la misión comunitaria y en el compromiso, y se llenaron de esperanza, y fueron realizando signos, y descubriendo la presencia viva del resucitado en lo cotidiano, y perdieron el miedo. Y encontraron lenguajes nuevos, y coraje, y fidelidad.

Necesitamos que el Señor resucitado se haga presente y nos transmita el soplo creador del Espíritu. Nuestra vida animada por el Espíritu es misión, y nos pone en movimiento para crear vida.

El evangelio de hoy es una llamada a abrir las puertas de nuestras comunidades, de nuestros equipos, de la Iglesia a la realidad sufriente de la humanidad, y a crear nueva vida en ella impulsados por el Espíritu; la nueva vida del Resucitado. La nueva vida de otra relación con los demás, con la creación, con Dios; la nueva vida que se hace en otra política, en otra cultura, en otra economía, y en otra Iglesia posibles.

Nuestro proyecto evangelizador en sintonía con el Quehacer apostólico comunitario es la manera de concretar nuestra acogida del Espíritu para ser misión.

Quizá todo lo vivido en estos últimos meses puede iluminar la manera de concretarlo más y mejor, en la oración.

Y me dejo llevar hasta concretar en mi vida...Poniéndote en manos del Señor, ora:

Secuencia de Pentecostés

Ven Espíritu Divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre,
Don, en tus dones espléndido.
Luz que penetra las almas,
fuente del mayor consuelo.

Ven, Dulce Huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
Divina Luz y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo.
Lava las manchas,
infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones
según la fe de tus siervos.
por tu bondad y tu gracia
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno



Y para vivir lo que pido, ofrezco mi vida, unida a la de los pobres.

Señor Jesús, te ofrecemos todo el día nuestro trabajo,
nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas.

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de
trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti.

Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón y
de servirte con todas nuestras fuerzas.

Que tu reino sea un hecho en las fábricas, en los
talleres, en las minas, en los campos, en el mar, en las
escuelas, en los despachos y en nuestras casas.

Que los militantes que sufren desaliento permanezcan
en tu amor. Y que los obreros muertos en el campo del
honor del trabajo y de la lucha, descansen en paz.

María, Madre de los Pobres,
Ruega por nosotros

